

Virgilio, poeta del «Imperium»

El apogeo a que había llegado el Imperio Romano hizo que naciera entre el pueblo la idea de divinizar a Augusto para divinizar de esa manera al Imperio, atribuyéndole un origen divino. Esa idea que bullía en las mentes del pueblo y de los Emperadores mismos, encontró un intérprete de las cualidades de Virgilio que, a ese fin, construye la *Eneida*, el poema nacional de la Roma imperial, fusionando con técnica sin par la historia y la leyenda. Trata el poeta mantuano de celebrar la grandeza de una villa cuya existencia separaba de la realidad una barrera de siglos. En la mente romana latía un vivo deseo de gloria, inserto en toda una larga tradición helénica. Los *Annales*, el poema de Ennio, habían sido la epopeya nacional romana que en la actualidad estaba ya un poco gastada; se imponía, por lo tanto, un nuevo poema que cantara las glorias y grandezas de la Roma de Augusto.

Virgilio posee un vivo sentimiento patriótico, un sentido claro del desarrollo y destino de Roma, un legítimo orgullo al ver ahora tan grande y poderosa a la que fué en su origen tan débil y pequeña. Virgilio adopta como suyo al protagonista de la *Iliada*. Lo hace hijo de Anquises y de Venus. Después de la destrucción de Troya lo lleva al frente de una flota de 20 navíos hasta el lugar donde se levantará la sede del Imperio, la Roma imperial. Reconoce en Numitor, Rey de Albalonga, un descendiente del héroe troyano y hace al dios Marte y Rea Silvia, hija de Numitor, padres de Rómulo, fundador de Roma.

Ha elegido como héroe de su epopeya a Eneas y no a Rómulo, mucho más conocido entre el pueblo, porque pensaba ofrecer un monumento de agradecimiento al Emperador. La familia de los Césares —la *domus Julia*— se gloriaba de ser descendientes directos de Eneas, ya que consideraban a Julio, hijo de Eneas, como su pa-